

# Cuando Ángela se volvió cuerpo

Sol Astrid Giraldo Escobar

Curadora, investigadora de arte y escritora, [sol.astrid.giraldo@gmail.com](mailto:sol.astrid.giraldo@gmail.com)

Ángela se para segura sobre sus piernas fuertes. Las abre y se levanta la falda. La punta de los senos, la boca y las uñas de los pies pintadas de rojo. El pelo alborotado. Mira hacia el frente, pero sobre todo hacia adentro. Calla, porque su cuerpo es el que habla. Desde él, da una rotunda declaración. No son ideas las que emite su piel humedecida por una fina lluvia. Vida, presencia, resistencia es lo que declara su inamovible cuerpo de mujer. Una fuerza de la naturaleza que se derrama ahora por las cuadrículas arquitectónicas y normativas de la universidad privada adonde la ha acompañado una tribu de perturbadores cuerpos femeninos, también vestidos de azul. Ninguno de ellos se acomoda al tiránico “Medellín style” de las chicas del Valle de la Silicona. Estas, provocadoras, disruptivas, en cambio, emulan a la primera mujer que entre nosotros abrió las piernas, no para someterse a un acto sexual, sino para liberarse. Debajo de las faldas llevan mensajes ocultos que cuestionan la historia de las mujeres. Ángela-escultura y sus compañeras son hoy un eco atrevido de Débora en el plácido y verde corredor de EAFIT, ese recinto pragmático y productivo donde no suelen desatarse vendavales. En esta ocasión, soplaron con la fuerza del performance “Deborar” de El Cuerpo Habla. Ángela-roca fue su vórtice.

El cuerpo de Ángela es su recompensa. No le fue regalado. Lo ha modelado con intriga, curiosidad, irreverencia, valentía, desde que tiene conciencia. Lo fue armando y desarmando con los vestidos y peinados que le hacía su mamá. Cuando lo descubría en secreto con su amiga de la infancia. Al escuchar que le decían negra, gritona, “mostrona”, escandalosa. Al cortejar atrevidamente a su compañero del colegio de Bogotá. Y luego, en la adolescencia, cuando la sensualidad de Cartagena, la libertad de los barcos y los marineros,

la brisa sin permiso de las tardes, la envolvieron completamente. El cuerpo era misterio, juego, delicia, riesgo. Con él se exponía al mundo, pero también era su ancla, su reserva. Era, sobre todo y ante todo, un cuerpo para ella.

Lo siguió armando con preguntas: ¿qué era eso de “hacerse respetar” como pedían los profesores en el colegio a las niñas?, ¿qué era ser machorra? En fin de cuentas, ¿qué era ser mujer?, ¿una forma, un destino, un ideal, una máscara? Se iba a las manos con sus compañeros, pero le encantaba ponerse faldas y aretes grandes. Jugaba al amor, pero no se dejaba mandar por nadie. La feminidad era un molde en el que no se acomodaba. A veces era tan estrecho que la carcajada de su piel quedaba por fuera. Sin embargo, otras veces, parecía inmenso, grave, inalcanzable. Volvía entonces la gran pregunta: ¿qué era el cuerpo de la mujer?, ¿una alegría, un dolor, un deber? Con su vida seguiría intentando respuestas provisionales solo para desecharlas y probar siempre otras.

La llegada a la Universidad de Antioquia, a principios de la década de los 80, sería una nueva y definitiva pregunta. “Entrar a la universidad fue la cosa más maravillosa que me pudo pasar en la vida”, recuerda. No se trataba solo de labrarse un futuro profesional, sino de encontrar un lugar en el mundo. Entonces, la academia hervía. Ahora no se trataba solo de las luchas políticas de los años 70. La revolución no era solo la explosiva de afuera, sino sobre todo la silenciosa de adentro. No bastaba con tumbar al capitalismo en las violentas pedreas de la calle Barranquilla, sino de desactivarlo minuciosamente, con saña, en los prejuicios cotidianos. El policía estaba adentro. El rosario, en los ovarios. El poder no era solo el que venía de arriba, sino el que cada uno ejercía sobre el otro.



Ensayo para una acción, Archivo Colectivo El Cuerpo Habla



Agotar, Archivo Colectivo El Cuerpo Habla



Cartomonocromografías, Archivo Colectivo El Cuerpo Habla



En ese maremágnum se descubría entonces que además de la sociología, el psicoanálisis tenía mucho qué decir. Y allí estaban los profesores y gurús de la época: Juan Fernando Pérez, Luis Fernando Palacio, Marta Vélez, Leonor Marina Restrepo, quienes usaban las cabezas de sus alumnos “como un revólver”. Y esa fue la gran seducción de la joven Ángela, las llaves que le abrieron puertas definitivas hacia sí misma: “Con el psicoanálisis me apropié más de mi cuerpo. Me dio discurso para entender todo aquello que ya había intuido, las cosas frente a las que me rebelaba. Me sirvió para soportar todo lo que yo estaba pasando. Y para seguir con esa pregunta que me hacía en el colegio sobre ser mujer. Antes, pensaba con inquietud que yo era una mujer muy rara, pero ahora podía decirlo con tranquilidad: ‘Sí, soy una mujer muy rara’”. Quizás histérica en el sentido de que su deseo, como el de las otras mujeres, no estaba centrado sino regado por todo su cuerpo. Entonces lo comprendió. Y celebró. Ángela-rara se sumergió osada en ese caldo vibrante de libertad.

Después de 20 años tuvo otra cita con la universidad, que se convirtió, de nuevo, en una pregunta tan radical que solo podía tener una monumental respuesta. De las que ella sabe dar. Durante esas dos décadas había entendido que, aunque el psicoanálisis la había atravesado, no ocupaba el lugar de su deseo. Este seguía siendo, como siempre, su cuerpo. Había continuado buscándolo en la danza. Y en el teatro que estudió en la EPA y, sobre todo, conoció al lado de Soraya Trujillo en el grupo Imagineros. Allí descubrió el gesto sin palabras, el estar sin representación. El aquí y el ahora. Las raíces en el momento. El cuerpo-espacio. El cuerpo-tiempo. El cuerpo-imagen. Esa ruta transformadora cambió su vida. Después de vivir en La Guajira y recorrer los pueblos de Antioquia como promotora teatral, sus pasos la devolvieron a casa, a la Universidad de Antioquia. Aunque se vincularía como docente desde 1991, la verdadera magia sucedió en 2003.

Entonces, la magia sucedió. Lo que empezó como la práctica de unas técnicas simples de expresión corporal dirigidas a estudiantes de arte se convirtió en la más volcánica revolución: el taller de El Cuerpo Habla. Cada semestre, llegan a esa “clase salvavidas”, como le dicen sus participantes, cuerpos vulnerables escupidos por un país violento, injusto, católico y triste. Un país que de ninguna manera ama ni respeta a sus jóvenes.

Ángela-demiurga los acoge con su cuerpo consciente, trabajado, ahora expandido a los demás. Nada está perdido, va a ofrecerles su corazón, sus vísceras, su atención. Los chicos también. Traen su propio deseo, curiosidad, potencia. Y la alquimia se produce. Mientras sus ropas caen, los cuerpos normados, incómodos, se van quitando las costras, los mandatos, las rejas. Al principio lo hacen con timidez, después con la facilidad de lo natural cuando va recobrando sus derechos. La desnudez de los vestidos es apenas el reflejo de la que sucede adentro, en la reconciliación con ese cuerpo que ha sido problema e interdicto. Y ese despojamiento físico y simbólico enciende fuegos internos que se expanden en la oscuridad de la noche sin salida de la ciudad.

No se trata ya del cuerpo de cada uno, sino de la comunidad que está empeñada en formar. Siguiendo la utopía de Deleuze, Ángela-profeta quiere convocar a un pueblo que todavía no existe. Ni podrá existir más allá de un instante infinitesimal y perfecto donde brille antes de apagarse. La vía que les propone es que se cuiden a sí mismos tanto como al otro, que se acaricien los golpes, se doren las cicatrices, recorran con trazos delicados sus pieles, historias, dolores, victorias. O, a veces, simplemente, que bailen con la inocencia y tenacidad de un niño.

Ángela asiste en un silencio empático a esos laboratorios de creación. No interviene. Tan solo dinamita la creación corporal de cada cual. Pero aguza todos sus sentidos para calibrar esa masa viva, en movimiento, vulnerable y potente, tejida de distintas pieles, ojos, bocas, manos, dientes, piernas. La tiene al frente y amenaza con dinamitar el cuadriculado salón de clase. Es un cuerpo colectivo, sano, poderoso, irreverente, que grita desde las entrañas en silencio. Entonces se apresta a captar en el aire epifanías efímeras como mariposas. Las atrapa para ser formalizadas después en acciones colectivas que han conmovido a la ciudad y al país.

Porque de esos talleres ha surgido el Colectivo El Cuerpo Habla, una de las experiencias performáticas más perturbadoras de la escena actual. En ese horno se han cocinado los cuerpos murciélagos de “De cápita”, la carreta delirante, poética y explosiva de “Cargamontón”, la legión provocadora de Déboras contemporáneas, “Las Ofelias” resucitadas de las fuentes contaminadas de la ciudad. En todas esas piezas siempre veremos adelante la cabeza enmarañada de

Ángela-pastora, conduciendo asertiva un pueblo de cuerpos limpios que se abren paso en medio de la urbe trepidante, sucia e indolente.

El tiempo ha pasado por el cuerpo de Ángela. Recientemente ha visto la muerte demasiado cerca. Los afectos amenazados. Las piernas le han temblado de una forma desconocida y ha debido hacer un alto en el camino. Por eso, ahora su cuerpo es quizás más cauteloso. Pero Ángela es Ángela. Ya la conocemos. Entonces se ha levantado, se ha arreglado la falda, quitado el polvo. Su inconfundible voz ha recuperado su timbre. Su deseo, el brillo. Ahora quiere decretar un carnaval para combatir la tristeza de la ciudad fallida. Y celebrar el paso de la vida por su cuerpo en un tejado conversando con su maestra, su amiga, Soraya Trujillo, como lo hacían las griegas en las salvajes noches de las fiestas de Adonis. Otro canto de libertad de Ángela y sus múltiples respuestas a lo que es ser mujer. Las seguirá dando y las seguiremos escuchando. ■



Deborar, Colectivo El Cuerpo Habla  
Fotografía por Ómar Ruiz Hidalgo





Oscar Jaramillo, @oscarjaramilloartista